

José Agustín Goytisolo, poeta

"He vivido, he bebido y he quemado"

Arturo San Agustín



LA ENTREVISTA

Prefería la música en los árboles a dormir. Así creció esta pieza, este tronco, este fingidor de pitillos y nicotinas, este amigo y truhán honrado, que dice como nadie la palabra muchacha. Aparece fugazmente en esta conversación su mujer, Asunción, porque en su último libro, *Las horas quemadas*, está también ella; porque pasan los años y la quiere.

—El otro día, el alcalde de Lisboa me dijo que siempre hay que llamar a los poetas.

—Hombre, si los llaman para fusilarlos, mejor que no los llamen. Y si los llaman después de muertos, sólo para citarlos en un discurso, que tampoco los llamen. A mí nunca me ha llamado nadie.

—¿A usted no le ha llamado alguna vez Raimon Obiols para echar unos mítines?

—¿Y por qué me tratas de usted?

—Porque me da la gana y porque esto va en serio.

—A sus órdenes. Mire, a mí Obiols sólo me llamaba para cosas puntuales. Para dar un mitin, sí. Y aunque yo no esté en el ajo, un mitin lo doy siempre. Lo he dado, por ejemplo, para intentar sacar al cura de Santa Coloma de Gramenet.

—¿No le gustan los comunistas?

—No. Todos mienten. Y digo esto porque nadie sabe quién mató a Andreu Nin; nadie sabe qué pasó con los de la CNT, porque murieron en la retaguardia y no en el frente. Ahora todos dicen que no sabían que Stalin era un monstruo. Los que fueron o siguen diciendo que son comunistas mienten como los católicos. Son muy parecidos.

—¿Vázquez Montalbán es lo más parecido a un comunista bueno?

—Sí.

—¿Por qué lo dice usted?

—Porque Manolo es un comunista sentimental. Ya sabe: lo que pudo haber sido y no fue.

—O sea, que a usted sólo le llaman para dar un mitin.

—Sólo para eso. El martes estuve en Castellón para hablar a favor de la insumisión y contra los fabricantes de armas.

—¿Usted ha vivido, ha quemado o todo es lo mismo?

—Confieso que he vivido, que he bebido y que he quemado. Mi último libro se divide en cuatro partes: mi niñez, el frío de Madrid, los años turbios entre depresiones y policía, y, por último, la parte dedicada a mi mujer.

—¿Por qué todos los que fueron señoritos presumen de haber conocido íntimamente a lo que entonces llamaban criadas?

—Yo no presumo de nada. A los 6 años yo no sabía qué era eso. Ella tenía 14 años y yo la veía como una mujer mayor.

—Conchita.

—Sí. Conchita era su nombre. Tenía miedo de los hombres mayores. Era asturiana y muy bonita.

—¿Y usted, de niño, cómo era?

—Como mi nieto ahora. Era un trueno vestido de nazareno. Siempre llevaba el diablo en los pies.

—Pepito Temperamento. Ése era usted.

—Con dos pistolas al cinto. Las que me traían los Reyes. Cruzaba la calle, entraba en el bar, las chicas —todas rubias— me miraban y yo decía: "Lo de siempre". Y me daban, claro, leche con cacao. Qué me iban a dar. Pepito Temperamento no mataba a nadie. Eso sí, lo respetaban todos. Ni siquiera tenía necesidad de desenfundar la pistola.

—¿Pepito Temperamento se quedaba con las chicas?

—No. Simplemente le sonreían desde sus taburetes.

—El único sentido de la vida era, sin duda, no tener sentido, dice usted.

—Cuando descubrí que todo tenía que servir para algo me llevé un gran disgusto. Yo, inocentemente, pensaba eso: que el único sentido de la vida era no tener sentido. Es como aquel poema mío que dice: *Por mi mala cabeza yo me puse a escribir. Otro, por mucho menos, se hace guardia civil.*

—¿Y ahora la vida ya tiene sentido para usted?

—Sí. Y creo que cada vez lo va teniendo más. Tengo un nieto de 10 años. De vez en cuando meto unos mítines como el del martes en Castellón, etcétera. Me fueron a despedir como 15 personas a la estación. Incluso alguien le dio unos vivos a la anarquía.

—¿Cuánto tiempo vivió usted en la cresta de la ola?

—Todo empezó cuando salí de una depresión. Estaba harto de tomar pastillas, pedí que me dieran tratamientos de choque y me puse como un caballo loco. En esa época me metí en todos los líos; en todos.

—La miró muchas veces, escribe usted. ¿A quién miró usted tanto?

—A mi mujer. Entonces, cuando la conocí, su padre era muy rico. A ella, que era una Carandell, no le gustaba ni el boato ni las fiestas. Tampoco yo le gustaba. Ni yo ni los pretendientes que le iban



CABANÉ 97

Las memorias engañan. Sus poemas, no. Eso dice este poeta en su último libro, que es una biografía de imágenes

detrás. Pero yo apliqué el truco del cazador.

—¿Cuál es ese truco?

—No hacer nada.

—No hacer nada, pero haciendo.

—Claro. Se trata de disimular, de no llamar la atención. Mi mujer es muy bonita. Es fina como una yegua. Tenía un pelo muy bonito. Se cortó las trenzas el día en que nos casamos. Cuando la conocí se hacía la dura, pero ya era muy dulce. En una época en la que todas las muchachas de la burguesía barcelonesa querían lucir e ir al Liceu, ella era todo lo contrario. Por eso me fijé en ella. Pero aparentemente era dura como una piedra. Me volvería a casar con ella.

—¿Y ella se volvería a casar con usted?

—Pregúnteselo usted.

—¿Se volvería usted a casar con este hombre?

—Creo que sí. Tiene sus inconvenientes, pero también alguna compensación.

—¿Quién era Negrita?

—Mi perra. Tuvo el moquillo y se fue quedando parálitica. La llevé a Valls, al veterinario, y éste me dijo que teníamos que matarla con una inyección. Pero yo no fui capaz. Y por eso la llevé al campo, la miré fijamente, me miró, le disparé un tiro entre los ojos y la enterré.

—Poner fin al dolor causa dolor, dice usted.

—Claro. Por eso pido que tengan conmigo la misma caridad, que no me dejen morir aullando en la cama de un hospital.

Hoy pena por los suyos, no por él.